



## En su lengua natal



Pia Barros

Era una llovizna tenue, incómoda, la que hacía resbalosas las calles de París a esa hora de la noche. Apretó las manos en los bolsillos de la chaqueta y la mujer cruzó ante sus ojos rayando para siempre el mundo entre dos idiomas.

Por un instante, las manos empuñadas en el chaquetón parecían implorar como una vieja oración de infancia. Los ojos se cruzaron y nunca se arrepintió tanto de que los suyos fuesen azules, porque cualquier francés podía tenerlos así, y ella esperar con ese mohín pucheresco que él le hablase, que dijera el abracadabra mágico del café con cigarrillos que conduce al cuartucho gélido, a las pieles anexándose deseantes, perfectas, ante un mismo llamado.

Pero el idioma le pesaba en el bolsillo como una lápida.

Giro tras ella, tibubecante, buscando diccionarios en su cabeza, palabras suaves, llamadoras, serpenteantes. Ninguna en esa lengua de sonidos resfriados. Palabras iracundas, demandantes, furiosas. Estaban tan lejos, en sus calles a oscuras de un país lejano, donde todos los códigos acudían casi sin palabras, despacito, de reajo, y los aromos, o paraguas, o el sol abrasador del verano, cooperaban en la complicidad de los acercamientos.

Y allí, sobre las veredas gastadas de un París mítico, con sólo un par de francos en los bolsillos, las palabras se negaban a asistir.

Sacó la mano derecha y la estiró tras ella, hasta rozarle una hebra del cabello castaño. Hacía meses que no acariciaba a una mujer.

Ajustó su paso al de ella, que caminaba cada vez más rápido, presintiendo los pasos que la acosaban. No podía aspirar su olor a llovizna, así es que lo inventó en cada zancada. La hizo de ojos castaños también, y boca ávida, y manos calientes recorriendo su espalda.

Un par de cuerdas más y la perdería. Hizo un último esfuerzo y tocó su hombro en el llamado.

Ella giró hacia él y se quedó quieta, esperando las palabras.

La desolación le empañó el fracaso, y sólo se encogió de hombros ante ella, que dio una patadita impaciente sobre la calzada.

Volvió a encogerse de hombros, abatido. Y porque no tenía nada que perder, susurró triste, que quería lamerla en su lengua natal, pero que no podía, porque las palabras se le habían quedado lejos, más allá de toda esperanza, y que aunque ella jamás comprendiese, ésa había sido su noche triste, como en el tango, y que llamara a la policía si creía que era vago obtuso, un drogo aterrador, pero que sólo quería café y cigarrillos y lamerla en su lengua, nada más.

Volvió a encogerse de hombros, derrotado, espiando en el fondo de los ojos de la muchacha cómo ella consideraba uno a uno los sonidos anstosos, sus manos colgando a los costados, su cartografía chilena y desarmada.

Entonces fue que ella dijo, en un rotundo español:

-Mi cuarto queda cerca... y tengo café.

**Pia Barros. Narradora chilena. Ha publicado libros de cuentos y novelas. Participó del II Encuentro Latinoamericano de Escritoras, Organizado por el Espacio Patiño CEDOAL, La**

**Paz - Bolivia, 2003**

